

**U**NOS días después de la celebración del XI Congreso del Partido Comunista chino ha llegado a Pekín el secretario de Estado de los Estados Unidos, Cyrus Vance, y ha mantenido unas largas e intensas conversaciones: un "seminario", según la palabra que utilizan algunas informaciones, para examinar el conjunto de la política de los dos países. Estados Unidos ha explicado a China su política internacional global, y viceversa. Le han entendido, al parecer, manteniendo los chinos la reserva sobre el tema de las relaciones de Estados Unidos con Formosa y éstos su exigencia de que China se abstenga de un ataque militar contra la isla escindida. Es una cuestión de principios. En el XI Congreso se insistió en que China exige la ruptura de relaciones de Estados Unidos con Formosa, retire de allí sus bases militares y denuncien el tratado de defensa mutuo: y se ha insistido también en que China aspira a recuperar "la provincia de Taiwan". Todo ello figuraba ya en el comunicado que firmaron Richard Nixon y Chu En-lai en febrero de 1972: el documento conocido como "comunicado de Shanghai". Nada, por tanto, enteramente nuevo, nada que no existiera ya cuando aún vivía y gobernaba Mao Tse-tung y Chu En-lai, a no ser esto: que se acentúa la política china llamada de "moderación" o, dicho en otras palabras, de aproximación a Estados Unidos y por su vía a Occidente, y que no han podido prevalecer las tendencias adversas, que podrían ser interpretadas como de un mayor revolucionarismo y hasta de una cierta inclinación hacia la URSS: esas tendencias están ahora simbolizadas en el ataque a la "banda de los cuatro", que constituye el objetivo hostil de este Congreso. Va siendo una tradición del PC chino estos ataques a un sector del mismo partido: el Congreso anterior fue el de la hostilidad a Lin Piao —ya muerto, pero aún simbólico de una tendencia—, en el noveno a Shato Chi. De hecho, esta tradición de lucha interna aparece consagrada oficialmente en el comunicado final del XI Congreso, definido como "onceavo combate entre las dos líneas en el seno del partido" que ha sido "coronado por una gran victoria". De la línea, se entiende, que en Occidente llamamos "moderada".

El Congreso en sí se ha caracterizado por lo que comúnmente en estos casos se llama "purga": unos noventa miembros del Co-



En la doctrina de la República Popular China, los Estados Unidos se han convertido en un mal menor con respecto a la Unión Soviética. En la foto: El secretario de Estado norteamericano, Cyrus Vance, con el ministro de Asuntos Exteriores chino, en Pekín.

## CHINA-ESTADOS UNIDOS-URSS

EDUARDO HARO TECLEN

mité Central —o sea, un 40 por ciento— han sido destituidos: se les sustituye por personajes que generalmente habían sido a su vez separados del poder, discriminados o perseguidos en el Congreso de 1973. Doce nuevas personalidades, con las mismas características, entran en el buró político. Entre los cambios más importantes, los de los dos vicepresidentes. Y, naturalmente, la consagración de la presidencia de Hua Kuo-feng. Con esta renovación, China entra ya de lleno en una política que no abandona hace años: el antisovietismo. El comunicado es explícito, recogiendo los términos del mensaje del Presidente Hua al Congreso. Consagra la teoría de los "tres mundos", que procede de Mao. Hay el mundo de la Unión Soviética, el mundo de los Estados Unidos y el Tercer Mundo. "La Unión Soviética y los Estados Unidos son los focos de una nueva guerra mundial". Pero no son iguales: la URSS es peor. "El socialimperialismo soviético, en particular, reviste un

carácter todavía más peligroso. Los pueblos de todos los países deben redoblar su vigilancia, unirse estrechamente y proseguir su lucha sin descanso". En cuanto al Tercer Mundo, es aquel con el que China se identifica: "Reforzaremos nuestra unidad con todos los países víctimas de la agresión, de la subversión, de la intervención, de la ocupación y de las vejaciones ejercidas por el imperialismo y el socialimperialismo, para formar el frente unido más amplio contra la hegemonía de las dos superpotencias que son la Unión Soviética y los Estados Unidos. Estamos dispuestos a anudar y a desarrollar relaciones con todos los países sobre la base de los cinco principios de la coexistencia pacífica. Reforzaremos nuestra unidad con todos los partidos y grupos marxistas-leninistas auténticos del mundo y llevaremos hasta el fin la lucha contra el revisionismo moderno que tiene por centro la camarilla de los renegados revisionistas soviéticos". Se conoce la esencia de la

crítica desde un punto de vista marxista de la teoría de los "tres mundos": que no tiene en cuenta la lucha de clases, ni la ocupación del poder en países del Tercer Mundo por elementos contrarrevolucionarios. Es la crítica formal hecha por Albania, que ha roto su dependencia con China (véase el número anterior de TRIUNFO, "La soledad de Albania") y la denuncia de la intervención de China en favor de estos contrarrevolucionarios en distintos puntos del globo (ejemplo, Angola), con tal de contrarrestar la posible extensión del poder soviético. El cual poder soviético no es, por su parte, nada ajeno a esta política de potencia no ideológica, como acaba de verse en la firma del tratado comercial entre la URSS y la República Argentina, que es un auténtico espaldarazo y un refuerzo considerable al régimen del general Videla.

Es, naturalmente, esta situación la que quiere explotar y profundizar la Casa Blanca con el envío de Cyrus Vance y la cele-

bración del "seminario". Si los Estados Unidos aparecen continuamente retratados en la doctrina china como un mal menor con respecto a la Unión Soviética, es algo que a Washington le interesa muchísimo en momentos en que su tensión con la URSS aumenta. Pekín, por su parte, ha rodeado de símbolos de buen augurio las conversaciones: una recepción particularmente calurosa; y ésta es la primera vez que el Presidente Hua ha recibido a un representante extranjero en los diez meses de poder, después de haber sustituido a Mao. El juego sobre Formosa parece mantenerse en un discreto acuerdo: China se comprometería a no invadir la isla usurpada en el caso de que los Estados Unidos retirasen su embajador y sus tropas, aunque formalmente siguiera manteniendo sus reivindicaciones y su consideración de provincia. Esta concesión mutua no puede ser cumplida tan fácilmente por parte de los Estados Unidos: no es una decisión que el Presidente pueda tomar por sí solo, sino que es materia del Congreso. Cyrus Vance debería, al final de su viaje, ofrecer al Congreso garantías suficientes de que China no dará un paso agresivo si Estados Unidos inicia una retirada. Si este principio de acuerdo, los dos países reanudarían sus relaciones "normales", a nivel de embajador. Pero se sabe también que esta cuestión de las relaciones formales sigue siendo bastante secundaria: hay otros medios permanentes de contacto, y hay otros acuerdos que pueden realizarse con o sin Embajadas. Oficialmente, el objeto de las conversaciones, según lo expuso Vance al cuarto día de su estancia en Pekín, es el de "explorar China y conocer mejor a sus dirigentes, y explorar el desarrollo de la situación en China para entender mejor los puntos de vista chinos sobre la situación internacional" y para tener un intercambio de puntos de vista. Por el momento, ninguno de los dos países desea hacer público un comunicado que indique que hay ya un entendimiento entre ellos, pero en la Unión Soviética se está temiendo lo peor. En el mensaje del Presidente Hua al Congreso se insistió mucho en la busca de alianzas contra la URSS, "la experiencia histórica —decía— ha mostrado siempre que la victoria de una revolución depende, ante todo, de las propias fuerzas del pueblo, pero es necesario al mismo tiempo ganarse tantos aliados como sea

posible". Y citaba a Lenin: "El enemigo más poderoso no puede ser vencido más que gracias a los esfuerzos más resueltos y utilizando al máximo la menor fisura entre nuestros enemigos, cada oposición de intereses entre la burguesía del mundo, y aprovechando cada ocasión, incluso la más pequeña, de ganarse un aliado de masas, incluso si éste aliado no es más que temporal, inestable, poco seguro y condicional". No es preciso insistir mucho en el tema de que para la mentalidad dirigente china, desde hace muchos años, el peor enemigo es la Unión Soviética, y en que el país está absolutamente impregnado de la idea de que una guerra con la URSS es inevitable para comprender que busque aliados "hasta en el infierno" según la famosa frase de Churchill en la segunda guerra mundial para justificar su alianza con la URSS —de la que había sido siempre el peor enemigo europeo— contra Hitler. Si los Estados Unidos corren a China para aprovechar el reforzamiento de la línea antisoviética, los chinos buscan febrilmente cualquier forma de acuerdo con unos Estados Unidos cuya política exterior muestra de día en día más fisuras con respecto a la URSS. Muchas veces ya en los últimos años se ha sospechado que la semilla de la tercera guerra mundial podría estar, sobre todo, en este punto de las relaciones mundiales que forma el triángulo China-Estados Unidos-URSS. La impresión está creciendo en estos momentos, en los que va creciendo generalmente en el mundo una cierta idea de que la nueva guerra mundial está dejando de ser imposible: lo que Gaston Boutgoul, sociólogo de la guerra, ha definido ya como el "complejo de Damocles".

Si este "complejo de Damocles" existe de una manera general en el mundo, en Moscú se desarrolla de una manera creciente. Toda la campaña "moral" de Carter sobre los derechos humanos, el discreto apoyo de Estados Unidos a los eurocomunismos (que podrían tenerlo, también indirecta y secretamente, de China), la aparición de la bomba de neutrones (sobre todo, su proclamación y su difusión), el crecimiento de la disidencia interior, la acción continua de los servicios especiales de Estados Unidos y de la OTAN sobre los países comunistas del Este (cuyo deseo de independencia del Pacto de Varsovia es continuo) le están volviendo a dar la sensación de cerco y de amenaza

de la que difícilmente habían salido por un breve lapso en los sesenta años de su revolución. El triunfo de la línea moderada de China, que significa una prooidentalización o, por lo menos, una mayor fuerza del antisovietismo y el aprovechamiento inmediato de Estados Unidos de esta situación no puede hacer más que aumentar continuamente la preocupación soviética y la sensación de que "algo se está preparando". Hasta ahora, su reacción no parece ser de concesión, de debilidad o de negociación, sino más bien de aumentar su dureza y sus líneas de defensa: lo cual sirve a su vez a Occidente y a China para denunciarla por su "agresividad". Si la URSS ha buscado febrilmente a partir de Kruschchev una coexistencia, ha sido, entre otras razones, por tener una seguridad en Europa —de ahí su interés por la Conferencia de Seguridad Europea— que le permitiese atender mejor las fronteras con China. En la actualidad le está fallando la esperanza de sentirse más segura en sus fronteras con Europa, y al mismo tiempo está creciendo la amenaza en las fronteras con China. En cuanto a la política global china, ha consistido precisamente en mantener abiertos los puntos de litigio de la URSS en Europa y en todo el mundo para obligarla a mantener menor fuerza y menor atención en la amplia zona asiática. Hasta el momento, lo va consiguiendo.

Lo que tenga todo esto que ver con el internacionalismo proletario que los dos países invocan continuamente, con las doctrinas de Marx y Lenin, con las del Presidente Mao o con cualquier otra forma ideológica es, naturalmente, muy relativa o prácticamente nulo; como apenas tiene nada que ver con la moral o con la ética la amplia propuesta de Carter sobre derechos humanos, sobre liberalismo y extensión de la noción de democracia. Lo que existe, como antes y como siempre hasta ahora, es una cuestión política de hegemonías, de supervivencias, de extensiones imperiales, de problemas de grandes potencias, y hacia ella van todas las negociaciones, todas las relaciones de fuerzas, todo el movimiento y toda la investigación de armas. La utopía ideológica se ha quedado muy atrás.

No parece que, por ahora, China vaya a cambiar de política, ni que la línea vencida pueda recuperarse fácilmente de la derrota en este "onceavo comba-

te". Tanto el comunicado del XI Congreso como los discursos de los grandes dirigentes durante él han ido en el sentido de una disminución de poder de los partidarios de la línea radical: su causa en el Comité Central y en el buró político significan la renovación de miles de cargos menores en todo el país, en el Ejército, en la dirección de la producción. Se ha subrayado continuamente la idea de orden y disciplina, se ha decretado el final de la "revolución cultural": "Así, con el aplastamiento de la 'banda de los cuatro', se proclama el final victorioso de la primera gran revolución cultural proletaria de nuestro país, que ha durado once años. Pero esto no significa en absoluto el final de la lucha de clases, ni el término de la revolución continua bajo la dictadura del proletariado. Según las enseñanzas del Presidente Mao, iremos hasta el final en la continuidad de la revolución bajo la dictadura del proletariado", dice el comunicado: esto es, la vigilancia continua.

¿Posibilidades de crisis? Algunos sinólogos ven que la composición del nuevo Comité Central está hecha por hombres heteroclitos de tendencias diferentes, que podrían llegar a enfrentarse entre sí, por problemas de orden interior o por simples problemas de protocolo y mando. Otros calculan las edades de los dirigentes para obtener la conclusión de que China, ahora, está gobernada por septuagenarios —los más jóvenes de entre los recientemente nombrados sobrepasan los sesenta años— y que no se tiene en cuenta el impulso de la juventud: "Las tendencias gerontocráticas que triunfan hoy dejan prever a mayor o menor plazo graves frustraciones en el seno de las generaciones ascendentes, privadas de verdaderas responsabilidades durante demasiado tiempo. Otros regímenes han hecho la experiencia", escribe "Le Monde". Pero quizá en un país donde el respeto y la obediencia al anciano es un hecho milenar, y tenga esta situación menos importancia que en otros.

En todo caso, no hay que prever que durante los próximos años cambien demasiado las cosas; y es durante los años próximos, inmediatos —ahora, ya— cuando se están jugando muchas cosas y muy decisivas para todos en este triángulo China-Estados Unidos-Unión Soviética.

Cosas tan decisivas como la guerra y la paz. ■